**NO MURIERON LLEGARON A LA CUMBRE**

*“Por eso subir a la montaña es un atentado a la eternidad. Y podrás ser más viejo y recordar siempre que subiste una cima y esto es maravilloso, porque todo el esfuerzo que significó llegar, para estar en momento tan pequeño, es un paradigma de la existencia, y es ese paradigma justamente el que lo hace trascendente.”*

El sábado 3 de febrero de 1968, un grupo de 68 estudiantes de preparatoria pertenecientes al CAIC (Club Alpino del Instituto de Ciencias), salieron de Guadalajara para realizar una excursión al Iztaccíhuatl. El domingo 4 de febrero, emprendieron muy temprano el ascenso a la cima de la Mujer Dormida. En el camino fueron desertando varios de ellos. Al llegar a las Rodillas, a 5,000 metros de altura, sólo 30 continuaron. A las 4 de la tarde llegaron al punto más alto, a la llamada cumbre, ubicada en el Pecho, a 5,286 metros de altura.

Una fuerte ventisca, combinada con nieve y una tormenta eléctrica sorprendió a los jóvenes y los puso en condiciones climatológicas extremas, con vientos de 30 grados bajo cero.

Atemorizados y helados emprendieron regreso hacia las Rodillas, pero había mucha neblina y no podían ver con claridad. Al llegar a las Rodillas, los muchachos estaban cansados, desesperados, congelados y no pudieron encontrar el camino de regreso. Trataron de cubrirse de la tormenta entre rocas y así lograr sobrevivir. De los 30 que subieron, únicamente 19 lograron llegar con vida al refugio Esperanza López Mateos. Los 11 restantes murieron de hipotermia, porque resbalaron, o se fueron accidentando en el camino.

En la mañana del lunes 5 de febrero, se pudo hacer el recuento de las bajas. Rescatistas acudieron a auxiliar a los sobrevivientes y a bajar los cuerpos de los fallecidos.

Este accidente, conocido como “La Tragedia de los 11”, conmocionó al país entero (algunos de los muchachos no tenían mas que 14 años), y fue un parteaguas en la historia del alpinismo y montañismo a nivel nacional. Se colocó una cruz, a los 5,000 metros, justo donde los muchachos se perdieron de regreso, para marcar el camino, para conmemorar a las víctimas y no olvidar que la montaña es hermosa pero engañosa y hay que ir con mucha cautela.

Exactamente los mimos días 3, 4 y 5 de febrero pero 50 años más tarde, se llevó a cabo una ceremonia de conmemoración, para honrar a los que murieron y celebrar a los sobrevivientes. Se cambió la antigua cruz por una nueva y se dieron unas palabras. Es impresionante que tanto tiempo después, se hable de la historia como si hubiera sido ayer. Hay 19 verdades, 19 versiones, y quedan muchas preguntas y sentimientos enfrascados en las Rodillas de la Mujer Dormida. Tuve la enorme fortuna de haber podido documentar esta ceremonia, de haber convivido con la gente del CAIC, de haberlos escuchado y acompañado. Desde ese día, nos hicimos buenos amigos, y tenemos varios proyectos juntos.

Yo soy montañista desde hace varios años. He hecho varias cumbres y soy sobreviviente de la montaña. Tuve un accidente en enero de 2016 en el cual yo tendría que haber muerto al caer 600 metros al cráter del Nevado de Toluca por una imprudencia. Esa montaña me quiso viva. A veces me pregunto cuál es la necesidad de subir a más de 5,000 metros de altura, muchas veces sufrir en el camino, estar agotada, hambrienta, sedienta, sin oxígeno, cansada; la disciplina de entrenar fuerte 3 horas diarias, etc. Sin embargo, para mí es una manera de estar viva y colocarme en el mundo, de ubicar la inmensidad de la naturaleza y mi vulnerabilidad, y agradecer que estoy aquí. Es una manera para mí de hacer las paces con este mundo que nos rodea. Yo también soy hija de la montaña.